

La pandemia y lo ominoso: en los límites del sentido. Literatura y psicoanálisis

Luis Correa Aydo

Instituto Universitario de posgrado de AUDEPP

Resumen

Intentamos un recorrido personal sobre la pandemia de la Covid-19, transitando entre la literatura y el psicoanálisis. Asumiendo que se trata de un suceso de impacto global en pleno desarrollo, aceptamos la imposibilidad de arribar a conclusiones. Si bien la literatura ha testimoniado episodios similares en la historia, avanzamos en discernir los aspectos reeditados hoy y los acontecimientos realmente novedosos. El psicoanálisis ha mostrado que no es posible cancelar la incertidumbre, pero sí que es posible habitarla. Desde allí, propone tolerar un cierto grado de angustia y malestar para poder desarrollar a largo plazo una mejor comprensión de lo que nos ocurre, tanto en lo personal como en lo colectivo. Las obras de arte en general, y la literatura en especial, ofician muchas veces como moldes que parecen preparados para vaciar en ellos nuestros contenidos emocionales más tormentosos y desestructurados. Comprender la subjetividad es un horizonte común de ambas disciplinas. Desde esa convicción partimos.

Palabras clave: epidemias – globalización – malestar en la cultura – ominoso – Eros *vs.* Tánatos

The pandemic and the ominous: the boundaries of sense. Literature and psychoanalysis

Abstract

A personal journey through the Covid-19 pandemic is attempted, going back and forth from literature to psychoanalysis. Assuming that it is an event of global impact still in progress, we accept the impossibility of reaching conclusions. Although literature has witnessed similar episodes in human history, we intend to approach innovative events and advance different aspects revisited today. Psychoanalysis has shown that it is not possible to do without uncertainty, but it is possible to inhabit it. This work reinvokes some degree of anguish and discomfort in order to develop a better understanding of what happens to us, both on the personal and collective levels in the long term. Works of art in general, and literature in particular, often act as templates that seem to welcome our most stormy and unstructured emotions. Understanding subjectivity is a common tenet in both disciplines and this makes our starting point.

Keywords: epidemics – globalization – discomfort in culture – ominous – Eros *vs.* Thanatos

Hay en nosotros una cosa que no tiene nombre, esa cosa es lo que somos.

José Saramago
Ensayo sobre la ceguera (1995)

Introducción

Todo trabajo de escritura es un intento de poner claridad en el pensamiento. A veces la complejidad de las circunstancias hace más difícil la tarea. En un momento en que todo el planeta sin excepciones se ve envuelto en una pandemia cuyo desenlace y balance aún carecen de fecha, el arte y el pensamiento vienen a sostenernos. No a dar respuestas, pero sí a ayudarnos a transitar la angustia y la incertidumbre. Algunas lecturas de textos que nacieron en días parecidos a estos y algunas referencias sobre el mundo de la subjetividad, debidas al psicoanálisis, nos permiten iniciar el camino. Veremos adónde nos llevan. Pero aclaremos de entrada que nuestra postura no es la de aplicar psicoanálisis a la literatura, sino más bien al contrario. Como sostiene Edmundo Gómez Mango:

más que de la “exportación” de un sistema de pensamiento a otro, lo que me parece fecundo, y siempre actual, es tratar de entrevistar lo que ambas actividades, la literaria y la psicoanalítica parecerían mirar juntas, en una misma dirección (2005: 319).

Por su lado, Pierre Bayard (2009: 51) dice que las teorizaciones psicológicas, y especialmente las psicoanalíticas, se han nutrido de la literatura ya que entre los factores que hacen relevante a una obra de arte se cuenta con que nos inciten a reflexionar sobre la memoria, el deseo, el duelo, las relaciones humanas.

En particular, pondremos a trabajar dos ideas freudianas –el malestar civilizatorio y lo ominoso– que nos parecen particularmente potentes para entender un poco más lo que nos está pasando. En consecuencia, en lo que sigue damos cuenta de un intento por habitar la fragilidad de esta época de incertidumbres, tejiendo ideas y palabras que vienen de otras épocas y otros seres humanos, buscando amparo en el lazo de las semejanzas.

Una calamidad sin sentido

Habrán uno y mil escritos de todo género sobre la pandemia de 2020. Algunos de ellos serán literarios y entre ellos alguno, quizás, perdure en la memoria de las próximas generaciones. Acaso, en un futuro impredecible, alguien se represente este tiempo a través de una novela que aún no se ha escrito o que quizás hoy mismo esté naciendo. Lo cierto es que la necesidad de simbolizar, de captar por el pensamiento y la creación los sucesos traumáticos, no solo es una exigencia subjetiva sino también un factor de construcción cultural. Los discursos interpretativos que prevalecen en torno a los acontecimientos históricos modelan de muchas maneras el curso posterior de la vida humana. Y estos procesos no se dan libres de intereses, como ya lo sabían los profetas bíblicos. Es ni más ni menos que una lucha por la hegemonía del relato como ha señalado el psicoanalista chileno Juan Flores (2020: 20-21), tal vez el más importante de los combates ideológicos que puedan tener lugar. No es tanto que la historia la escriban los ganadores. La ganan los que logran imponer su modo de escribirla.

Sin embargo, todo tiene su tiempo y su oportunidad. Y sin perspectiva suficiente no es posible construir una visión de conjunto, bien fundada, que conceda a la exposición de los hechos y a las respuestas ensayadas frente a ellos la dimensión de sus múltiples consecuencias, su cuota de novedad, su dosis de progreso o de regresión y también, por supuesto, descubrir la inevitable repetición de errores, de la que mil advertencias no podrían habernos librado.

Proponemos pensar la pandemia como la piedra que cae al estanque. La piedra es un pequeño coronavirus del que hace un año no sabíamos nada. A partir de esa conmoción se inicia una serie de repercusiones de todo orden que, a modo de círculos concéntricos, van poco a poco extendiéndose, desafiando las certezas y los conocimientos. Pero queremos subrayar que la aparición misma de la pandemia tiene un impacto desde la realidad que en ese momento de eclosión rebasa cualquiera de las acciones humanas que se pudieran llevar a cabo para hacerle frente. Y esto incluye al pensamiento. Aun cuando la mutación del virus parecería no

ser independiente de ciertos actos humanos –aquellos que remiten a los mercados de Wuhan– su presencia y desarrollo excede no solo la intencionalidad racional, sino también el universo del deseo. Se trata de un hecho de la naturaleza –tomando este concepto en su sentido más extenso– que como el *Big Bang*, la formación del sistema solar o el comienzo de la vida, podemos entender y apreciar en sus efectos, pero al que no le podemos atribuir un sentido *a priori*. En sentido estricto no es simbolizable.

No obstante, que una tarea sea imposible en un sentido lógico, no nos ha impedido nunca intentarla. Por ello, inevitablemente y desde el comienzo mismo de la pandemia, se vienen produciendo toda clase de discursos, desde todas las disciplinas, tratando de asediar conceptualmente los límites de un impacto tan abrumador. Esto incluye a la literatura y al psicoanálisis y, naturalmente, a la filosofía.

Malestar en la pandemia

Justamente desde un enfoque predominantemente filosófico y social, como ejemplo de estas producciones un poco apresuradas, hay un libro curioso titulado *Sopa de Wuhan* (2020), editado a toda prisa por un colectivo ignoto denominado ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio). Empezó a circular digitalmente en los primeros días de la llegada de la pandemia y recoge artículos sobre el tema, escritos entre febrero y marzo de 2020 por destacados pensadores contemporáneos de diferentes países,¹ en blogs o en diferentes medios de prensa. Del conjunto de artículos, obviamente muy heterogéneo en lenguaje y propósitos, cabe distinguir dos tendencias. Por un lado, están los autores que ven exagerada la reacción ante el coronavirus y creen que los poderes políticos han aprovechado la coyuntura para cerrar más el torniquete de control sobre la ciudadanía. Otros se permiten un moderado optimismo, y piensan que la detención general de actividades funcionará como un acicate para la reflexión sobre el modo de vida, acelerado e irreflexivo, al que ha conducido la sociedad de consumo. La nota común es que ninguno manifiesta el menor grado de satisfacción con el estado de cosas precedente.

La queja y el pesimismo, la desconfianza y cierto amargo desencanto, recorren los aportes de estos intelectuales. El ejercicio de la política es uno de sus blancos preferidos. En general, más que la captación de algo nuevo, del orden del acontecimiento, parece dominar un interés de naturaleza ideológica que busca interpretar el significado de la crisis del coronavirus como la confirmación de una visión crítica sobre la civilización contemporánea ya formulada previamente. El tiempo dirá sobre aciertos y errores en relación al significado y consecuencias de la pandemia, pero de todos modos el volumen es un testimonio en versión actualizada de lo que Freud llamó *malestar en la cultura*. Retomaremos esta idea más adelante.

Sopa de Wuhan en el marco del mencionado combate por la hegemonía del relato, parece demostrar que el afán por predecir el futuro nace del malestar con el presente, como si anticipar lo que vendrá pudiera volvernos menos vulnerables a sus efectos. Hay dos excepciones a este tono general de vocación profética en *Sopa de Wuhan*. Uno es el artículo de Alain Badiou. Al mismo tiempo que cuenta, con la sencillez de un diario personal, cómo se protege personalmente del virus, advierte:

Pero ahora, realmente, leo demasiadas cosas, escucho demasiadas cosas, incluyendo en mi entorno, que me desconciertan por la perturbación que expresan y por su inadecuación total; francamente simples, con respecto a la situación en la que nos encontramos. Estas declaraciones perentorias, estos llamados patéticos, estas acusaciones enfáticas son de diferente tipo, pero todas tienen en común un curioso desdén por la aterradora simplicidad, y por la ausencia de novedad sobre la situación epidémica actual (2020: 69-70).

En la misma línea cabe mencionar a la filósofa española Patricia Manrique, quien también apela a la prudencia intelectual sin renunciar por ello a dejarse interpelar por la pandemia. Lo expone así:

Pensar filosóficamente un evento como el que estamos viviendo, requiere, en primer lugar, tiempo [...] si corremos demasiado, podemos acabar dándole a todo lo que llega la fisionomía de lo anterior o podemos considerar acontecimiento, nacimiento de algo nuevo, a hechos sobredimensionados por diversas razones. [...] Lo que se hace, con las prisas, a menudo, es reducir la otredad a la mismidad: confinarla en los parámetros habituales de lo propio, en la órbita del yo, de lo conocido (2020: 145-146).

1 La lista completa de autores incluidos es la siguiente: Giorgio Agamben, Slavoj Žižek, Jean Luc Nancy, Franco Bifo Berardi, Santiago López Petit, Judith Butler, Alain Badiou, David Harvey, Byung-Chul Han, Raúl Zibechi, María Galindo, Markus Gabriel, Gustavo Yáñez González, Patricia Manrique y Paul B. Preciado.

En definitiva, el transcurrir de los meses y la decantación de los efectos dirá realmente qué trajo de nuevo esta pandemia. Mientras tanto aparecieron nuevas formas de usar un tiempo que, sobre todo al comienzo, se estiraba por el confinamiento. Algunos ocuparon ese “sobrante” de tiempo leyendo. Otros escribiendo. Esta doble percepción, de que se lee y se escribe en mayor proporción durante este tiempo, llevó a una editorial uruguaya a afrontar las dificultades comerciales del cese de actividades con una edición *ad hoc*.²

Cuentos en pandemia

Un poco después de la llegada de los ensayos de *Sopa De Wuhan* en torno a la pandemia, en julio de 2020 se editó en Uruguay una colección de relatos de varios autores nacionales, de distintas generaciones, titulada *Cuentos de la peste* (2020)³ donde aparece representada una variedad de tipologías en el tratamiento del tema. Efectivamente, están en el libro la mayoría de los enfoques conocidos sobre sucesos dramáticos de alcance social o universal, desde la ciencia ficción (“Strogonoff”, J. Grompone) hasta el relato policial (“La gran quemazón de chanchos”, M. Bentancor), pasando por referencias a lo real maravilloso (“El río robado”, C. Di Candia). Por supuesto, no faltan relatos encuadrables en el género posapocalíptico como “Algo supuestamente divertido que no volveré a hacer” (R. Sanchiz) o “Los últimos” (R. Santullo). Pero también hay cuentos con elementos costumbristas reconocibles como “Bolívar Baladán”, de G. Alzugaray, “Doña Helen”, de S. Cabrera o “Lucidez”, de N. Fernández. Otros, por el contrario, están marcados por climas inciertos, lugares exóticos o experiencias eróticas extrañas como “Las muñecas del señor Izumi”, de P. Dobrinin o “Las islas gemelas”, de J. de D. Caballero. Hay cuentos que definitivamente apuestan al horror o al suspenso como “Regreso a casa”, de J. Chagas o “El silencio de tanto tiempo”, de Mercedes Rosende. También en algunos relatos está presente el humor como en “Vecino poeta”, de M. Lasalt o en “Los acontecimientos según Marian”, de C. Cynovich. Varios relatos se mueven en esa zona confusa donde es incierto si lo fantástico es un producto de la imaginación o un pliegue inesperado de lo real, como “Una salida normal”, de F. Villalba, “Acá no había babosas”, de C. Ríos, o “R.I.P. Fogwill”, de J. Arenas. Algunos son reflexiones sobre el tiempo, ya sea en clave cuasi poética como en “Hacer que el tiempo pase”, de C. Liscano, o sobre los efectos indelebles de algunos acontecimientos de la niñez como “Marcado”, de L. Do Santos, o a modo de indagación sobre los vínculos entre memoria e imaginación como en “Los viajes empiezan después que uno llega”, de D. Recoba.

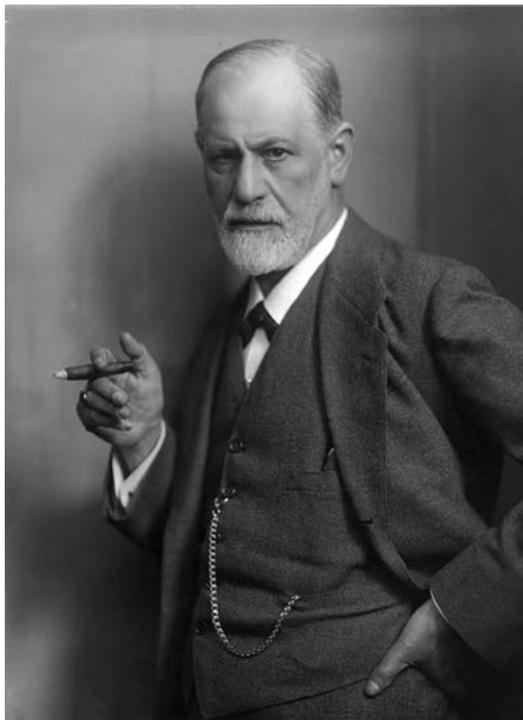
En fin, la variedad es grande y la presencia de la epidemia es muchas veces un dato secundario. Los relatos aparecen por orden alfabético de los autores, lo cual hace que un lector no cortazariano pase de uno al otro teniendo que adaptarse en pocas páginas a estilos y climas narrativos muy diferentes, y por supuesto a encares muy distintos del tema.

Más allá del abordaje tan dispar, que a veces desdibuja la centralidad del asunto con que el volumen convoca desde su título, es indudable la calidad y el oficio de prácticamente todos los narradores incluidos, algunos ya consagrados y otros casi desconocidos aún. Hay excelentes cuentos, y algunos seguramente merecerán la preferencia de los lectores, más allá de la circunstancia. Pero el resultado artístico del volumen en su conjunto es desigual, como suele ocurrir con una compilación tan numerosa.⁴ Y en relación a esta pandemia no agrega casi nada.

2 Comentarios de la editora, Estefanía Canalda, en la presentación virtual del volumen. Visionado en: https://www.youtube.com/watch?v=8c_WcHecFjw&t=3002s

3 Se suelen usar “peste” y “epidemia” como términos equivalentes. Pero en sentido estricto la verdadera peste es la infección grave que causa la bacteria organismo *Yersinia pestis* cuyo vector son las ratas y otros roedores. “En cambio se prefiere el término epidemia para cualquier enfermedad que afecta a una gran parte de la población, independientemente de su gravedad y de su forma de transmisión”. Luis Miguel Pino Campos y Justo Hernández González: “Los conceptos de peste y epidemia: semántica y lexicografía” (2008: 194).

4 Los narradores incluidos son: Gustavo Alzugaray, José Arenas, Gonzalo Baz, Carolina Bello, Martín Bentancor, Juan de Dios Caballero, Susana Cabrera, Jorge Chagas, Marcia Collazo, Carolina Cynovich, Andrea di Candia, César di Candia, Luis Do Santos, Pablo Dobrinin, Natalia Fernández, Juan Grompone, Martín Lasalt, Carlos Liscano, Natalia Mardero, Fabián Muniz, Diego Recoba, Cecilia Ríos, Mercedes Rosende, Ramiro Sanchiz, Rodolfo Santullo, Ana Solari y Fernando Villalba.



Sigmund Freud.

No podía ser de otro modo dado que además de la falta de perspectiva temporal a la que nos referimos antes, parece que el único elemento unificador es alguna referencia a las consecuencias de una epidemia, y no necesariamente a la que estamos atravesando. Incluso frente a algunos relatos se tiene la impresión de un cierto forzamiento de la narración para hacerla entrar en la consigna. Si intentáramos tomar el volumen como una radiografía de las incidencias locales de la crisis global, no sacaríamos mucha cosa en limpio. Algunos de los autores que participan en el volumen han dicho⁵ que tomaron el tema desde sus preferencias y obsesiones previas, y varios confiesan que escribieron sus textos a modo de elaboración personal ante el impacto de la situación. Pero es difícil encontrar líneas que unifiquen al conjunto.

No obstante, hay un rasgo que llama la atención en muchos cuentos y que al menos puede identificarse en más de la tercera parte de ellos.⁶ Se trata del despliegue de estados mentales alterados en los protagonistas de varios cuentos, condición que se mezcla con los efectos de la epidemia en cuestión, o incluso la sustituyen. Debe notarse que en muchos casos los rasgos psicóticos no responden a efectos de la pandemia, sino que le preexisten. Esta presencia de la insania mental en un conjunto de relatos reunidos por otro tema, pone de manifiesto una antigua asociación entre peste y locura. Ambos, el loco y el apestado, bajo las diversas formas en que las sociedades han moldeado estas condiciones son, aun en nuestros días, blancos elegidos para descargar proyectivamente las ansiedades básicas de los colectivos humanos: el miedo al daño que proviene del diferente y el temor a caer en la misma condición. Por supuesto que también los seres humanos somos capaces de empatía, altruismo y solidaridad, pero estas actitudes más nobles deben apoyarse en algunas certezas no menos básicas en el orden de los afectos y las creencias, que son justamente las que se ponen en crisis ante las calamidades.

La peste y la locura tienen esa nota de ruptura inesperada en el orden de las cosas. El loco nos muestra descarnadamente un mundo inconsciente que los demás llevamos reprimido mientras transitamos nuestras vidas “normales”. La peste, al hacer de cualquier persona en cercanía una posible fuente mortífera, impregna

5 Presentación virtual del volumen. Visionado en: https://www.youtube.com/watch?v=8c_WcHecFjw&t=3002s

6 La locura, o cuando menos un abordaje alucinatorio del mundo, está claramente presente en “Regreso a casa, Cola de seda antigua” (M. Collazo), “Los acontecimientos según Marian” (C. Cynovich), “Las muñecas del señor Izumi” (P. Dobrinin), “El silencio de tanto tiempo” (M. Rosende) y “Una salida normal” (F. Villalba). En otros cuentos se abordan otros aspectos mórbidos del mundo mental como el suicidio en “Latido” (A. Di Candia) y en “Dos por día o Tratado sobre un cuento que saltó por la ventana” (F. Muniz). También tiene su lugar la depresión como acontece en “Marcado” (L. Do Santos) o las adicciones en “A la manera casi clásica” (A. Solari). Incluso la fobia social a causa de antiguos traumas como el relato “1988/2020” (N. Mardero).

de ansiedades persecutorias todos los vínculos sobre los que se construye la vida social. En ambos casos, algo peligroso, frente a lo cual nos sentimos indefensos y amenazados, se despliega dentro de lo familiar, en el seno del mundo cotidiano, que la mayoría de las personas necesita suponer seguro y previsible. La literatura de ficción, particularmente en los subgéneros de suspenso y horror, intenta hacer más tolerable, o por lo menos envolver en imágenes y palabras, por opresivas y terribles que parezcan, algo innombrable que nos habita.

A propósito de estos sentimientos, Freud introdujo el concepto de *lo ominoso* en un trabajo homónimo de 1919 (*Das Unheimliche*, traducido también como *Lo siniestro*). Gran parte de la fundamentación del texto se apoya en *El hombre de arena*, relato de E. T. A. Hoffmann publicado en 1816. Una vez más el lector Freud estimula las formulaciones teóricas del Freud psicoanalista. Dos características son determinantes de ese sentimiento, separable del miedo o de la angustia. Por un lado, remite a algo, objeto o persona, cotidiano y bien conocido, que en determinado momento adquiere para quien lo observa un significado diferente. Se trata de una cara oculta de la realidad, cuya revelación plena solo se hace accesible a un personaje mientras el resto no percibe nada extraordinario ni novedoso. La segunda característica es que el sentido oculto siempre entraña un riesgo mortal para quien lo observa. Se trata de algo sin nombre que lentamente se insinúa en pequeños detalles, los que van poco a poco captando obsesivamente la atención de la víctima.

Como se puede ver, es fácil atribuir estas características al portador de una enfermedad contagiosa, aunque abunde información sobre la misma. Por supuesto que el grado de ansiedad persecutoria varía de una persona a otra según sus características, pero es indudable que, en diferentes grados, el contacto social está afectado por el estado de alerta que genera la pandemia.



Viejo columpiándose (1824-1828), Francisco de Goya.

Freud subraya como un elemento que contribuye a favorecer el sentimiento de lo ominoso a la incertidumbre intelectual (1988: 241), el no saber a ciencia cierta qué es lo que ocurre, aunque indudablemente se sepa que algo ocurre. Los efectos psíquicos de esta pandemia tienen un anclaje significativo en el hecho de que la ilusión de dominio sobre la naturaleza, que nos ha venido a dar el avance científico y tecnológico, se tambalea ante el coronavirus de una manera inédita. Sabemos mucho del virus, pero hasta ahora nada que modifique radicalmente el despliegue de la enfermedad por toda la Tierra o nos ponga definitivamente a salvo de ella. El hecho que el médico chino, Li Wenliang, quien descubrió la enfermedad, haya muerto a causa de ella, funciona como un símbolo que condensa la sensación de indefensión que domina a muchos de aquellos que no se refugian en la negación.

Todo esto que venimos diciendo no explica por qué resulta oportuna, y según parece exitosa, la edición de un volumen como *Cuentos de la peste*. ¿Por qué leer sobre algo que en el fondo repudiamos? La respuesta es sencilla: la ficción es elaborativa. En el juego de identificación-desidentificación que toma al lector, se juegan

no solo los temores del presente sino toda su biografía psíquica, y volver una y otra vez a los puntos donde lo reprimido está más cerca de la conciencia permite sentirse menos expuesto a que esos contenidos irruman de manera descontrolada. Dicho de manera muy sencilla: si puedo leer sobre la peste, y extraigo cierto goce en hacerlo, es porque estoy vivo y, aunque sea provisoriamente, a salvo.

Literatura de la peste

Este libro que acabamos de comentar no es un ejemplo raro ya que las epidemias como tema literario tienen una larga tradición. Desde las flechas del encolerizado Apolo sobre el campamento aqueo, hasta el encuentro de los ya ancianos Fermina y Florentino huyendo del cólera mientras navegan por el río Magdalena, muchas tramas ficcionales tienen, a causa de las epidemias, un giro decisivo. Sin embargo, la funcionalidad del motivo varía enormemente de una obra a otra. A veces, como es el caso que mencionamos de *La Iliada*, o en *Edipo Rey*, su aparición es atribuida a una voluntad divina con una finalidad punitiva expresa. En esa línea, la de interpretar las pestes como indicador de un poder superior, la Biblia presenta numerosos ejemplos, desde “El Éxodo” al “Apocalipsis”, en los que el castigo a la impiedad adopta con frecuencia la forma de plagas y pestes. La interpretación profética de las mismas supone un llamado a la conversión del pueblo para librarse del mal: “Os envié la peste egipcia pero no te convertisteis a mí” (Amós, 4, 10).

Este tipo de interpretación sobre la necesidad correctiva que conlleva la peste aún es potente en la actualidad, incluso más allá del ámbito religioso, donde también por supuesto, ha vuelto a expresarse. Resuena, por ejemplo, en los numerosos llamados al cambio civilizatorio que se han hecho, en tanto se vincula a la actual pandemia con problemas contemporáneos como el uso abusivo de los recursos naturales y al resultado paradójicamente amenazante sobre la libertad y la comunicación a que conduciría la pseudotransparencia de la era digital.⁷

Volviendo a los usos literarios del tema de las pestes, en ocasiones se lo advierte como un artificio introducido en la historia para catalizar una peripecia. Esta suerte de función *deus ex machina* de la peste es, por ejemplo, la que en *Romeo y Julieta* (1597) precipita el desenlace trágico ya que Mantua está cerrada en prevención de la peste, por lo que nunca le llega a Romeo el aviso de la puesta en escena ideada por Fray Lorenzo para simular la muerte de Julieta. Con la misma funcionalidad, pero en sentido inverso, Alejandro Manzoni en *I promessi sposi* (1827) usa el motivo de la peste para favorecer el encuentro de los novios.

En otras obras se puede identificar un uso alegórico de la peste. En estos casos la epidemia puede ser una figuración de procesos sociales y políticos como ocurre en *Rinocerontes* (Ionesco, 1959) que retrata al nazismo con su culto a la fuerza y al dominio “natural” de los más potentes sobre las razas inferiores o más débiles. También puede ser el motivo para una reflexión filosófica sobre aquello oculto que se revela ante una situación límite, como ocurre con la exposición de la naturaleza egoísta y violenta del ser humano, exacerbada incluso por los excesos de la sociedad de consumo que se presenta en *Ensayo sobre la ceguera* (Saramago, 1995).

La intención moralizante y/o pedagógica de esta forma de tratamiento del tema de las epidemias puede ceder su lugar a la simple exhibición del horror. La intención estética no está en estos casos al servicio de provocar la reflexión, sino de conectar con las zonas oscuras e inconscientes del yo, donde residen los miedos fundamentales de la especie. Así acontece, entre muchos ejemplos posibles, con los cuentos de Edgar Allan Poe “La máscara de la muerte roja” (1842) y de manera más atenuada por el recurso a lo grotesco, en “El rey Peste” (1835). En este último caso, sin embargo, hay una intención alegórica expresamente formulada ya que lleva como subtítulo “Relato en el que hay una alegoría”, pero el sentido de la misma no resulta fácil de captar.

En cambio, hay textos donde la combinación de ambas tipologías –filosófica y terrorífica–, resulta más sencilla de decodificar, como ocurre en *Soy leyenda* (J. Matheson, 1954) donde el pavor se monta sobre la resistencia final del último humano al dominio del planeta por parte de los vampiros. La aceptación íntima del nuevo orden, que el protagonista termina haciendo al comprender la inutilidad de su esfuerzo, provoca que se inviertan los términos de la ecuación semejante-enemigo.

7 Al respecto, en el artículo “La emergencia viral y el mundo de mañana” (22 de marzo de 2020), firmado por Byung Chul Han en Sopa de Wuhan, se afirma: “La digitalización elimina la realidad. La realidad se experimenta gracias a la resistencia que ofrece, y a que también puede resultar dolorosa. La digitalización, toda la cultura del ‘me gusta’, suprime la negatividad de la resistencia. Y en la época posfáctica de las fake news y los deepfakes surge una apatía hacia la realidad. Así pues, aquí es un virus real, y no un virus de ordenador, el que causa una conmoción. La realidad, la resistencia, vuelve a hacerse notar en forma de un virus enemigo. La violenta y exagerada reacción de pánico al virus se explica en función de esta conmoción por la realidad” (109).

Como se puede advertir por los ejemplos que proponemos, estas modalidades alegóricas o terroríficas de presentación de la peste generalmente no se corresponden con entidades nosológicas verdaderas, lo que permite imaginar también formas de contagio fantasiosas o turbiamente eróticas, como ocurre con la tradición literaria ya clásica del vampirismo.

Cercano a este tratamiento alegórico del tema de la peste, pero con cierta originalidad paradójica, en *La guerra de los mundos* (Wells, 1898) es una epidemia la que salva a la Tierra de la invasión alienígena. La alegoría sería que el enorme poder de los invasores es impotente ante una forma de vida tan simple. Se invierte el sentido del poder, mostrando que quien prevalece no es el más fuerte, sino el que mejor se adapta. No diríamos que se tiene en cuenta esa advertencia cuando, a más de un siglo de publicada la novela, la nueva pandemia es relatada en los medios y por la propaganda estatal con apelaciones épicas un poco incongruentes, como ocurre con las consignas que llaman a “unirse para derrotar al coronavirus”.

Ejemplos como las novelas de Matheson o la de Wells que mencionábamos, forman parte de lo que se ha venido a conocer como literaturas apocalípticas, características de la segunda mitad del siglo XX. La dimensión trágica de la Segunda Guerra Mundial y su coronación con el holocausto nuclear determinan el clima de posible fin del mundo con que transitamos la segunda parte del siglo pasado, no ya basado en creencias religiosas, sino en evidencias empíricas. Sin embargo, algunos críticos remiten el origen de la nueva literatura sobre el fin de los tiempos al cambio de mentalidad que se opera en Occidente desde el siglo XVIII, cuando las ideas religiosas entran en retroceso, especialmente dentro de las elites ilustradas. El crítico Goffredo Fofi, en la introducción a una edición italiana de *Diario dell'anno della peste* de Daniel Defoe, coloca a esta obra como el punto inicial de este subgénero. Dice al respecto que la épica de los sobrevivientes en fuga de una catástrofe, ha encontrado allí su punto firme, se ha convertido en un canon y agrega que el género literario al que nos hemos acostumbrado a llamar, desde los años cincuenta del siglo pasado, “apocalíptico” no se origina con Defoe, pero ciertamente es Defoe el que establece un código y fija su modalidad (Fofi, párrafo 8).

Publicada originalmente en 1722, la obra mezcla documentos de varios sucesos reales con la ficción, repitiendo la fórmula de éxito que el autor ya había usado en *Robinson Crusoe* (1719). La verosimilitud que le presta esa base documental combinada con la escala de la devastación que expone, aproxima a la imaginación la posibilidad de un desastre total para nuestra especie. Esto da lugar a reflexiones de carácter existencial que son, al fin de cuentas, el núcleo conceptual que de un modo u otro se abre camino siempre con la temática de las pestes.

Explícita o no, la reflexión moral sobre la conducta de los seres humanos en las situaciones de catástrofe es un tópico casi ineludible. Así ocurre con la crónica más antigua sobre epidemias verdaderas que conocemos: la peste ateniense del siglo V a. C. que Tucídides narra en *La Historia de la guerra del Peloponeso*:

La gente se atrevía más fácilmente a acciones con las que antes se complacían ocultamente, puesto que veían el rápido giro de los cambios de fortuna de quienes eran ricos y morían súbitamente, y de quienes antes no poseían nada y de repente se hacían con los bienes de aquellos. Así aspiraban al provecho pronto y placentero, pensando que sus vidas y sus riquezas eran igualmente efímeras. Y nadie estaba dispuesto a sufrir penalidades por un fin considerado noble, puesto que no tenía la seguridad de no perecer antes de alcanzarlo (Libro II, s/p).

La obra de Tucídides también sirvió de fuente para otra obra cuya intención militante a favor de una doctrina filosófica es aún más notoria. Hablamos de *La naturaleza de las cosas* (*De rerum natura*), escrita por Lucrecio en el siglo I de nuestra era. Aunque el suceso narrado es también la peste de Atenas, en lugar de poner el acento en los actos indignos a los que mueve la plaga como Tucídides, la imaginación del poeta latino se inclina a mostrar un espectáculo macabro, haciendo énfasis en las imágenes sensoriales más patéticas, como la de los cadáveres podridos amontonados en los templos y devorados por los animales. El objetivo no es enseñar el respeto a los dioses que castigan, sino mostrar su impotencia para proteger la vida de los creyentes. De ese modo, la visión del mundo se desacraliza y se defiende la concepción materialista de la realidad que proviene de Demócrito. Ahora bien, habitar un mundo donde el poder divino está en duda no solo implica una teoría del conocimiento, sino que exige también una nueva regulación de la conducta, una nueva ética. Así, Lucrecio aboga por las ideas de Epicuro, cuya más honesta comprensión, depurada del anatema cristiano, no es una simple exaltación del placer sino un reconocimiento de que la felicidad humana está ligada a la satisfacción de sus necesidades. Por el contrario, las ambiciones desmedidas no generan verdadero placer, sino nuevas fuentes de temor y angustia.

Juzgue el lector si en muchas de las reflexiones actuales sobre la pandemia, como algunas de las contenidas en el ya citado *Sopa de Wuhan*, no se perciben ecos de esta apelación a una vida más sencilla y equilibrada. Por ejemplo, S. Žižek expresa cierto optimismo difuso con respecto al punto de inflexión que esta pandemia podría significar:

quizás otro virus ideológico, y mucho más beneficioso, se propagará y con suerte nos infectará: el virus de pensar en una sociedad alternativa, una sociedad más allá del estado-nación, una sociedad que se actualiza a sí misma en las formas de solidaridad y cooperación global (2020: 22).

En los ejemplos que examinábamos antes, la referencia a una epidemia real o imaginaria ofrece una visión de conjunto de la sociedad y del desafío civilizatorio que acarrea la calamidad colectiva. Pero el telón de fondo de una epidemia también puede permitir acercarse a las historias personales de las víctimas. Esto es lo que hace Philip Roth en *Nemesis* (2011) donde una epidemia de polio en el estado de New Jersey a mediados de los años 40 hace contrapunto con el éxito bélico estadounidense en la Segunda Guerra. Si bien no faltan en esta novela la referencia a los impactos colectivos como la perplejidad, el miedo y la cólera ante la arbitrariedad del destino, el centro está puesto en la peripecia de un profesor de Educación Física y líder de campamentos. Se trata de un joven judío imbuido de algunos de los ideales nacionales más estimados (disciplina, perseverancia, rectitud) que lo vuelven candidato natural a constituirse en héroe cotidiano de sus alumnos y su comunidad. Pero esta figura, tan cara a la ficción popular estadounidense, no llega a cristalizar. Ir al frente bélico es la oportunidad que espera para cumplir su ideal de sí mismo. Sin embargo, un defecto en la visión impide su reclutamiento, lo que lo pone lejos de las balas, pero lo deja a merced del “terror del verano”, como se conocían las recurrentes epidemias de polio en Estados Unidos. Contrae la enfermedad haciendo su trabajo en un campamento de verano, contagiado por sus alumnos. A la frustración por la gloria militar que ya no alcanzará, a Bucky Cantor se le suma tener que lidiar con las secuelas de la enfermedad, a la que logra sobrevivir, pero a costa de una cuasi invalidez. La novela muestra en un reencuentro del narrador con Cantor luego de treinta años, cómo el luminoso personaje del pasado se ha transformado en un inválido resentido y necio. Sobrevuela este relato la fragilidad de las construcciones ideológicas y morales, cuya observancia tambalea ante la desgracia. Con una perspectiva muy contemporánea se plantean la ausencia de justicia divina y la fragilidad del individuo cuando queda desconectado de la ilusión de poder que le otorgan los ideales colectivos.

Mientras escribo estas líneas una preocupación aparece como central en las autoridades nacionales: la creciente tendencia a disminuir la observancia de las medidas preventivas. Se le atribuye a una baja en la percepción de riesgo, que se contradice con la multiplicación real de los focos y los contagios. En particular, un día sí y otro también, se informa de la realización de “fiestas clandestinas” a las que, convocadas por las redes, asisten cientos de personas, especialmente jóvenes. Miradas superficialmente estas actitudes parecen absurdas, anticientíficas y socialmente anómicas. Sin embargo, responden a una necesidad subjetiva muy evidente. Entre las muchas formas de enfrentarse a la angustia, los seres humanos han recurrido históricamente a la reafirmación de los poderes de Eros. No se trata solamente de lo que el psicoanálisis conoce como *renegación*, es decir, la operación defensiva en la que la mente hace como si no supiera algo que sí sabe. Es una manifestación de que, acorralados por la impotencia y la incertidumbre, los seres humanos suelen recurrir a la liberación pulsional cuando las reservas del sensato superyó no son suficientes para protegerse y seguir adelante con una vida que, a falta de nombre mejor, llamamos *normal*. La llamada *nueva normalidad* contiene en el fondo una negación de lo que la especie tiene como más propio de su naturaleza: el contacto y la proximidad social. Toda fiesta es de alguna manera una forma del carnaval; entonces, ¿cómo podría sorprender que el carnaval, fiesta de la *carne*, fuera, como ha sido siempre, el antídoto buscado, no ya para vencer a la muerte, pero sí para minimizar mediante la burla y la sensualidad su inevitable imposición?

La literatura ofrece un ejemplo extraordinario de esa reafirmación de la vitalidad erótica ante el embate mortífero de las pestes con *El Decamerón* (1351-1353). Boccaccio sitúa la creación de los relatos que componen el libro durante la cuarentena que diez jóvenes florentinos realizan en una villa rural, huyendo de una epidemia que aconteció realmente en 1348. A modo de marco situacional, el comienzo del libro ofrece una descripción breve pero elocuente de la peste y narra el surgimiento de la idea entre un grupo de siete jóvenes mujeres de alejarse de la ciudad para protegerse del contagio. Ya decididas, reclutan a los tres caballeros que las habrán de acompañar. Más allá del carácter simbólico de los diez personajes, que representan características y virtudes abstractas, el clima de seducción latente, de juego erótico, está presente desde la formulación de la idea hasta la elección de los temas de los cuentos y su tratamiento. En una lectura histórica la obra refleja la apertura mental

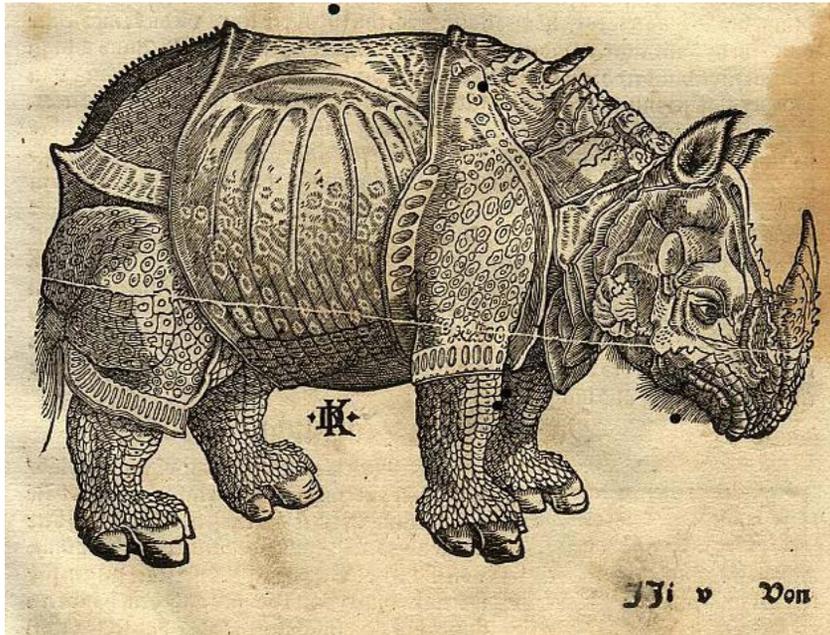
que caracteriza el pasaje de la Edad Media al Renacimiento. Las jerarquías sociales, la rigidez moral y el poder del clero son cuestionados a través del humor y la burla. Pero en una interpretación desde el lado psicológico, los cuentos y el peculiar contexto en el que son creados, representan una reafirmación de las pulsiones de la vida, que siempre están asociadas al poder de la sexualidad y de la imaginación.

Esta misma exaltación de la vitalidad en un contexto de epidemia, pero en el extremo opuesto del ciclo de la vida con respecto a los jóvenes florentinos, es el que ofrece García Márquez en la mencionada novela *El amor en los tiempos del cólera* (1985). El amor físico que consuman los ya ancianos protagonistas, demorado por medio siglo, viene a oponer la energía del deseo a la amenaza de la castración. Separados por motivos sociales en su juventud, rodeados de una epidemia mortífera y ellos mismos ya en el final de sus vidas, su encuentro sexual, inútil para prolongar la especie, es fecundo en la reafirmación de las utopías que dan significado a la vida humana.

En este breve y arbitrario recorrido por la historia y las tipologías a que ha dado lugar la relación entre literatura y epidemia, la estación final la hemos reservado para la que posiblemente es hasta hoy la obra más acabada y potente sobre el tema: *La peste* de Albert Camus. La novela fue publicada en 1947 cuando Europa salía lentamente de la devastación de la Segunda Guerra. Bajo ese efecto subjetivo la recepción de la obra puso el acento en tomar a la peste como metáfora de la “infección” del fascismo. Por ello se tomaba como muy oportuna, en un sentido político, la advertencia final: “Oyendo los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux tenía presente que esta alegría está siempre amenazada” (2003: 255). Sin objetar la legitimidad de esa lectura, la materia narrada en la novela es también, y de manera muy minuciosa, lo que anuncia su título. La descripción es realista e incluso las referencias médicas son verosímiles. De comienzo a fin se siguen todas las fases de una epidemia y en la evolución de la narración son varias las etapas que los lectores de hoy podemos identificar de acuerdo con nuestra experiencia reciente: desde el primer indicio (la primera rata muerta) en medio de una cotidianidad apacible, hasta la saturación de los hospitales por la cantidad de contagiados. Orán es una ciudad en particular, pero al igual que sus habitantes no presenta mayores peculiaridades ni nada que escape en su vida social a una medianía tranquila y previsible. Podría ser cualquier otra ciudad en la que irrumpe abruptamente una epidemia. Asimismo, la novela presenta una extensa galería de personajes y situaciones, que de un modo u otro nos pueden permitir identificar las distintas maneras de posicionarse ante la epidemia que venimos conociendo, desde la negación hasta el pánico. Si bien la narración sigue las peripecias de un puñado de personajes en torno al protagonista, el Dr. Rieux, la gran cantidad de viñetas que muestra sobre la afectación de la enfermedad en cuerpos y mentes, termina por dar lo que solo una novela puede hacer: presentar un mundo. Las historias individuales se engarzan en la situación general y las diferentes actitudes, sufrimientos y destinos ante la peste abren espacio al lector para la reflexión de carácter filosófico, tanto desde la perspectiva ética como desde el ángulo metafísico. Entre muchas escenas memorables, el baño de mar que Rieux y su amigo Tarrou se permiten como un paréntesis en la lucha cotidiana contra la peste, ilustra hasta qué punto son las experiencias básicas del cuerpo las que originan el amor a la vida, desde el cual es posible seguir adelante pese a todo. Sin embargo, un exceso de confianza, cuando la epidemia ya parece vencida, le cuesta la vida a Tarrou quien descuida las medidas higiénicas de prevención.

Este episodio de la novela permite pensar en el exacto momento en el que nos encontramos a fines de 2020 ya cercanos al verano, época culturalmente asociada a la sensualidad y al vigor de la juventud.⁸ Sin la energía vital que puja por liberarse de las cadenas mortíferas, el énfasis exclusivo en el cuidado puede parecer algo mezquino, ya que sobrevalora la importancia de la vida biológica, por encima de aquellas cosas con las que la dotamos de sentido y trascendencia. Sin embargo, lo contrario, el tratar de recuperar prematuramente una sensación de normalidad, muestra hasta qué punto somos vulnerables y dependientes de ese cuerpo destinado a morir. Precisamente, esta tensión entre la amenaza de contagio que persiste y la necesidad de re-negar su poder a través de los rituales maniacos de la fiesta, de la diversión orgiástica o de la embriaguez, es lo que presenta Poe bajo la forma de relato de horror en “La máscara de la Muerte Roja” (1842). En este cuento, una mascarada organizada por el noble Próspero en su aislada y segura abadía para olvidar los estragos de la epidemia, acaba en tragedia cuando el disfraz siniestro de un asistente termina por revelar la presencia misma del contagio mortal que viene a transformar el goce en miedo y sufrimiento.

8 Los medios noticiosos informan que la temporada estival europea significó un relajamiento en los cuidados preventivos que determina la llamada segunda ola de la pandemia.



Rinoceronte (1550), Sebastian Münster.

En el caso Covid-19 la tensión es más fuerte aún porque la realidad médica muestra que los renunciamentos exigidos a los más jóvenes, más que a protegerlos a ellos mismos, se orientan a proteger a la población verdaderamente en riesgo, que son las personas añosas y ya debilitadas. Se trata ni más ni menos de lo que es más propiamente humano: la regulación siempre difícil entre las pautas implacables de la selección natural y las exigencias morales con las que intentamos construir sociabilidad.

Pandemia y malestar social

Todos los ejemplos literarios que recorríamos antes, de una forma u otra muestran que toda epidemia es a la vez un suceso biológico y un hecho social. Aun en las obras donde la enfermedad es inventada y las circunstancias de su desarrollo son puramente ficcionales, incluso fantásticas, se puede visualizar siempre una referencia a climas y problemas de la realidad, tamizados por la misma capacidad mental con la que cada noche transformamos en imágenes oníricas, ciertamente irreales, aquellas situaciones traumáticas que nos afectan de modo muy real.

Como nos proponíamos al principio, intentaremos ahora recurrir al concepto psicoanalítico de *malestar* introducido por Freud en 1930, cuando el mundo aún vivía los efectos de la brutal crisis económica del año anterior. La teorización de Freud, luego de la publicación de *Más allá del principio de placer* (1920), se va ocupando de manera creciente de la subjetividad como producto social y no solo como derivada de las circunstancias biográficas personales. Es interesante señalar que al estado displacentero de carácter general y de causa difusa al que en el psiquismo individual le llamamos angustia, le corresponde en el plano social un estado análogo al que Freud prefiere llamar *malestar* (*Unbehagen*). Al comienzo de la obra que le dedica (*El malestar en la cultura*, 1930) se identifican las tres fuentes universales de sufrimiento humano: la condición mortal del cuerpo, la fuerza amenazante y destructiva que puede adquirir la naturaleza y los vínculos con los demás, tantas veces conflictivos y frustrantes y, a veces, francamente agresivos. Es fácil advertir que son estas tres mismas fuentes de sufrimiento las que también pueden proveer de satisfacción y placer. Por lo tanto, la vida humana se desarrolla mejor cuando la balanza se inclina del lado de la salud, del goce apacible de la naturaleza y de la cooperación entre las personas. Las epidemias vienen a cambiar ese balance de fuerzas, situando en primer plano la fragilidad del cuerpo, poniendo en jaque a los conocimientos científicos y técnicos con los que tratamos de dominar al mundo natural y, sobre todo, transformando en riesgosa la misma condición social con la que la especie ha logrado construir su progreso.

En el conjunto de las obras literarias mencionadas se puede advertir que tal vez el costado más interesante de la peste como tema narrativo es, precisamente, el cuestionamiento a la relación con el otro. Todas las situaciones en las que está implícita la posibilidad de contagio, tensan los vínculos y ponen en juego el par dialéctico semejante-enemigo. El concepto sanitario de *distanciamiento*, subraya el carácter peligroso del contacto.

Pero, al mismo tiempo, el cuidado preventivo no tiene solo un significado individual, sino que el hecho de que incluso aquellos con bajas posibilidades de contraer una forma grave de la enfermedad respeten estos aspectos protocolares es un indicador de empatía y cuidado solidario de los más vulnerables. En este balance de actitudes sociales se juega en gran medida la evolución de la pandemia. Sin embargo, existen razones fundadas para decir que el fomento de los aspectos más constructivos de la convivencia social no está en el primer plano en estos tiempos, donde se proclama que cada uno es individualmente responsable de su bienestar o de su desdicha. Es la lógica de perdedores y ganadores que Donald Trump ha encarnado de manera caricaturesca.

Decíamos al principio que las reflexiones de algunos analistas connotados, dan cuenta de cierto malestar con la civilización de comienzos de milenio visible antes de la pandemia, y agudizado con ella. Manuel Laguarda (2020) propone pensar la pandemia en la intersección de lo histórico-social con la subjetividad de época, vista con la óptica del psicoanálisis:

La globalización que se instaura en la última década del siglo pasado está pautada por las ilusiones del fin de la historia, por una globalización de los capitales, que fluyen de un lado a otro del planeta, pero no se globaliza la democracia o el bienestar de las mayorías.

Dicha globalización se acompaña de una mayor inseguridad. En la modernidad líquida de Bauman (2000) todo es mucho más inestable. El malestar persiste en forma de amenazas al medio ambiente, de nuevas pandemias y de guerras. [...] Es una globalización frágil. [...] Es como si lo siniestro, lo real, lo que estaba escondido detrás de la globalización y el neoliberalismo, se hiciera visible en la situación de la pandemia. [...] Esa cara, la pandemia no la crea, sino que la manifiesta, la hace más exultante, más expresiva (20-21).

Se dirá con razón que esta no es la primera pandemia, y que la humanidad ha enfrentado algunas incluso más mortíferas, pero sí es la primera en la era de la globalización, y esto genera un cambio cualitativo. Hablamos de pandemia en la globalización no solo por el régimen económico que caracteriza a esta época, sino también por la interconexión planetaria, a nivel físico y comunicacional, que pone a circular el virus a gran escala y también una gran cantidad de información. No es sin efectos psíquicos que cada día, como en una suerte de tablero universal, cualquier habitante del planeta puede saber cuántos contagiados y cuántos muertos hay en todos los rincones de la geografía. Es una forma ampliada de lo que Le Breton (2020) llama la *ordalía* contemporánea, para referirse al modo cómo el sujeto actual vive la precariedad de su existencia, ante la difusión mediática de noticias de contenido violento como accidentes automovilísticos y crímenes diversos. El ser humano de hoy está todo el tiempo sometido, no ya al juicio de Dios, sino al del azar que elige a ciegas y sin justificación a unos, mientras libra a otros. La información sanitaria ha tomado el lugar de la crónica policial. El miedo a la Covid-19 ha relevado a otros miedos, sin atenuarlos.

Por el contrario, la ya citada Patricia Manrique reflexiona sobre el valor de las acciones en beneficio de la comunidad que la crisis ha despertado, poniendo de relieve por contraste que la forma común de habitar la Europa actual tiende a negar la dimensión colectiva, lo común, en beneficio de un individualismo revestido de inmunidad jurídica.

Lo cierto es que no hay comunidad sin algún tipo de aparato inmunitario, pero también pueden procurarse formas de entender la identidad de un modo abierto y no excluyente para hacer que lo inmune no sea enemigo de lo común. Buscar una inmunidad virtuosa, comunitaria, evidentemente necesaria en el caso del coronavirus, una inmunidad comunitaria en la que lo que debe importarnos no es la propia protección si no la de otros y otras, que suponga que la lucha por la salud sea una responsabilidad compartida, que requiere del concurso de todas y todos para todas y todos (2020: 156).

Podrá decirse que en las formulaciones de esta autora hay una dosis de voluntarismo y acaso un toque de ingenuidad. Pero no está de más recordar que los seres humanos no están en situaciones de proximidad y convivencia solo por azar o por razones de necesidad. La palabra comunidad remite a lazos afectivos y a la capacidad de pensar los derechos en relación con las obligaciones, a la mutualidad, en suma. El modelo urbano de grandes agrupaciones estorba el poder reconocer esa dimensión de la vida social, que sin embargo es probablemente la fuente primera del llamado espíritu gregario. Cabe preguntarse cuánto del malestar contemporáneo no tiene esa simple razón: tener muy presente al otro como rival o competidor y mucho menos en términos de co-operante. En la gigantomaquia Eros *versus* Tánatos que Freud propone en *El malestar en la cultura* (1988: 118), no es poca cosa cada contribución que refuerce los lazos proactivos entre las personas. Aun cuando al terminar la pandemia parezca que nada haya cambiado, insistir en recordar acciones como la del

personal sanitario, que a menudo van mucho más allá de la mera obligación profesional, no es sensiblería, sino algo que refuerza la conciencia sobre las potencialidades de nuestra propia especie.

Concluimos con una cita de *La Peste* de Camus (2003: 255), que expresa a la vez un deseo y una esperanza: “algo que se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio”.

Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio *et al.* (2020) *Sopa de Wuhan, Pensamiento contemporáneo en tiempos de Pandemias*. Buenos Aires: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio).
- Alzugaray, Gustavo *et al.* (2020) *Cuentos de la peste*. Montevideo: Fin de Siglo.
- Badiou, Alain (2020) “Sobre la situación epidémica”. *Sopa de Wuhan, Pensamiento contemporáneo en tiempos de Pandemias*. Buenos Aires: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio).
- Bayard, Pierre (2009). *¿Se puede aplicar la literatura al psicoanálisis?* Buenos Aires: Paidós.
- Camus, Albert (2003). *La peste*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Canalda, Estefanía (2020). *Cuentos de la Peste*. Montevideo: Editorial Fin de Siglo. Archivo recuperado de video: https://www.youtube.com/watch?v=8c_WcHecFjw&t=3002s. Consultado el 28 de octubre de 2020.
- Defoe, Daniel (2014). *Diario dell'anno della peste*. Fofi, Godoffredo (introd.). Roma: Ellint.
- Flores, Juan (2020). “Tiempos inciertos”, *Intercambio*, revista de FLAPPSIP (Federación Latinoamericana de Psicoterapia y Psicoanálisis), vol. IX, n° 1, pp. 18-22.
- Freud, Sigmund (1988). “El Malestar en la cultura”. *Obras Completas Tomo XXI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- ____ (1988). “Lo ominoso”. *Obras Completas Tomo XVII*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Gómez Mango, Edmundo (2005). “Poesía y psicoanálisis”. *Psicoanálisis y literatura*. Montevideo: APU.
- Laguarda, Manuel (2020). “El malestar en la cultura, 90 años después”. *Equinoccio*, Revista de Psicoterapia Psicoanalítica de AUDEPP, Tomo 1, n° 2, s/p.
- Le Breton, David (2020). “Una ruptura antropológica importante”, *Revista Topía*, marzo 2020. s/p. Recuperado de: <https://www.topia.com.ar/articulos/una-ruptura-antropologica-importante>
- Manrique, Patricia (2020). “Hospitalidad e inmunidad virtuosa”. *Sopa de Wuhan, Pensamiento contemporáneo en tiempos de Pandemias*. Buenos Aires: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio).
- Pino Campos, Luis Miguel; Hernández González, Justo. (2008) “Los conceptos de peste y epidemia: semántica y lexicografía”. pp. 191-204. Recuperado de: <http://riull.ull.es/xmlui/handle/915/14205>
- Tucídides (1990). *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Madrid: Gredos.
- Žižek, Slavoj (2020). “El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill”. *Sopa de Wuhan, Pensamiento contemporáneo en tiempos de Pandemias*. Buenos Aires: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio).